la hemos recibido de otros tiempos, que es una creación de nuestra época, de nuestros días.

El vapor no es ya un invento *nuevo*, puesto que todo el mundo lo usa y lo gasta; es un invento usado.

El vapor, sin embargo, es invento *moderno*, puesto que se ha inventado en una época que pertenece á nuestra civilización, á lo que nosotros llamamos civilización *moderna*.

Lo *nuevo* es flamante aunque no sea *moderno*.

Lo *moderno* es lo que corresponde á nuestra edad, á nuestra era histórica, aunque no sea *nuevo*.

De modo que una cosa puede ser *moderna* sin ser *nueva*, así como *nueva* sin ser *moderna*.

Lo que es *nuevo* hoy, será otro día viejo.

Viejo es lo contrario de *nuevo*.

Lo que es hoy *moderno*, será otro día antiguo.

Antiguo es lo contrario de *moderno*.

Número, guarismo.

Las cosas se cuentan absolutamente; es decir, se cuentan para venir en conocimiento de cuántas son, ó bien se cuentan para distribuirlas, dando á cada cual las que le corresponden.

Lo primero se llama contar.

Lo segundo se llama partir.

El *número* es partir.

El *guarismo* es contar.

Guarismo se deriva de *arytmos*, que quiere decir cuenta.

Número se deriva de *nemō*, que quiere decir distribución.

El uno computa: *guarismo*.

El otro distribuye: *número*.

O

Obediencia, humildad.

Obediencia viene de *obedire*, verbo latino que equivale á *ob-audire*. Supone la idea de una persona que sigue á otra, que anda á su alrededor para *oir* lo que dice y poder servirla.

Obedecer, en los primeros tiempos, no significaba otra cosa que la sumisión ó el acatamiento que el criado debe á su amo; una sumisión mercenaria, un oficio.

Humildad, según hemos dicho en el artículo hombre, viene de *humus*, *humi*, que significa tierra. La persona *humilde* es la que clava los ojos en el suelo, demostrando docilidad y abnegación. La *humildad* no admite salario, como la *obediencia*, sino que viene de un sentimiento.

Las diferencias que el uso de nuestro idioma ha establecido entre las voces de este artículo son marcadísimas.

La *obediencia* supone mandato. El hijo *obedece* á su padre; el discípulo á su maestro; el subordinado al superior.

La *humildad* es una disposición de nuestro ánimo. Somos *humildes*, porque lo queremos y lo sentimos.

La *obediencia* en el hijo es una obligación.

En un criado es una costumbre, una industria, una granjería.

La *humildad* es en todos los hombres un sentimiento venerable.

La *obediencia* rinde homenaje á todo el que manda.

La *humildad* triunfa de la altanería de los que imperan.

La *obediencia* en el subordinado es el cumplimiento de una ley, una virtud social.

La *humildad* es una virtud religiosa.

Los hombres pagan al *obediente*; Dios premia al *humilde*.

Lo contrario de la *obediencia* es la rebeldía.

Lo contrario de la *humildad* es el orgullo.

La *obediencia* puede tornarse en servilismo.

La *humildad* puede convertirse en hipocresía.

Muchos trafican con los alardes de *obediencia*.

Muchos trafican del mismo modo con los alardes de *humildad*.

La *obediencia* debe ser digna; la *humildad*, ingenua.

Objeto, fin.

Objeto se compone de *ob*, que significa obstáculo, y del verbo latino *iacio, iacis*, que quiere decir arrojar, echar, lanzar de sí. Es lo que se pone delante de nosotros, lo que obstruye nuestro camino, de manera que siempre nos damos de cara con él.

Así decimos: vi un *objeto*, he tropezado con un *objeto; objeto* es todo lo que obsta, todo lo que se opone, todo lo que sirve de óbice á nuestra marcha.

Nada más absurdo que decir: vi un *fin*, he tropezado con un *fin*.

Hallamos desde luego que estas voces se diferencian en que *objeto* se emplea en sentido material, mientras que *fin* sólo se aplica á hechos morales.

El *objeto* es cosa.

El *fin* es pensamiento.

Trasladada al orden moral la palabra *objeto*, conserva cierto baño de su primitiva significación, por lo cual no expresa la idea de razón ó causa de un modo tan completo y trascendente como *fin*.

Mi *objeto* es ir á Lima; una vez allí yo lograré mis *fines*.

Aquí se ve que *objeto* está subordinado á *fin*, puesto que para conseguir ciertos *fines* nos proponemos el *objeto* de ir á Lima.

El *objeto* moral es lo que está delante del alma, lo que está tocando con ella, como el *objeto* físico está tocando con nuestros órganos.

El *fin* significa una idea más lejana, más completa, más *definitiva*.

Detrás del *objeto* está el *fin*, como detrás de las cosas que vemos están las cosas que queremos, que sentimos, que adivinamos.

Mi *objeto* es escribir estos sinónimos.

Mi *fin* es hacer algo por la lengua española.

El *objeto* no sale del mundo.

El *fin* llega hasta Dios, que es el principio y *fin* de todas las cosas.

No hay ningún hombre que no tenga un *objeto;* cuando no otro, el *objeto* de adquirir riquezas, honores, mando, poderío.

Hay muchos hombres que no se proponen un *fin;* el *fin* sagrado de realizar en el mundo la verdad, la virtud, la justicia y la belleza.

Oblación, ofrenda.

La *ofrenda* es la oblación de hoy; la *oblación* puede ser la ofrenda de toda la vida, como se ve en *oblato*, niño ofrecido á Dios desde que nace.

La *ofrenda* significa presente; la *oblación*, sacrificio.

La *ofrenda* lleva; la *oblación* consagra.

Damos nuestra vida en *ofrenda;* damos nuestro espíritu en *oblación*.

La *ofrenda* es la parte humana de la oblación, como la *oblación* es la parte divina de la ofrenda.

De aquí se deduce que todos son capaces de hacer *ofrendas*, mientras que no todos son capaces de hacer *oblaciones*.

Obra, tratado.

La *obra* puede ser varia, amena, festiva, patética.

El *tratado* ha de ser una obra de cálculo, de erudición, de raciocinio.

Los hombres de genio escriben *obras*.

Los hombres de escuela escriben *tratados*.

La *obra* enseña.

En el *tratado* se aprende.

La *obra* está en relación con la vida.

El *tratado*, en relación con la enseñanza.

Obras de Cervantes, de Quevedo, de Fray Luis de León.

Tratado de matemáticas, de astronomía, de química.

Obrar bien, hacer bien.

Un loco me ofende; yo quiero vengarme, quiero hacerle daño, y le doy un golpe en la cabeza. Este golpe le causa una herida, echa mucha sangre, y aquel hombre recobra el juicio.

Yo tuve la intención de hacerle daño, la intención de tomar venganza; he cometido un delito de conciencia.

Pero la sangre que vertió por la herida le ha vuelto la razón; la herida que le hice le produjo un gran beneficio.

De modo que *obré* mal é *hice* bien.

Obrar mal se refiere precisamente á la conciencia, al orden moral.

Hacer bien no se refiere más que al hecho, al resultado, al pro.

Obrar bien es siempre una virtud, aunque se cause un mal.

Hacer bien es muchas veces una fortuna, un azar dichoso.

Obsceno, inmundo.

Inmundo se deriva de *mundo*, cuya palabra significa orden, compostura, perfección, pureza. El *mundo*, en su sentido propio, significa el aire, los cielos, los astros, tomadas estas cosas en su sentido bello y grande. Esto nos explica el hecho curioso de que el *mundo* era Atenas para los atenienses, así como era Roma para los romanos. Decir *mundo* era antiguamente decir belleza, ajuste, simetría, galanura. De modo que *inmundo* es lo no puro, lo no limpio, lo no aseado.

Valiéndonos de voces que traen el mismo origen, podemos añadir que lo *inmundo* es lo no *mondado* ó *escamondado;* lo que no está *mondo*, que es como si dijéramos lo que no está *mundo*.

Con la palabra *obsceno* ha sucedido una cosa muy rara. Se compone de *ob* y de *scaevus*, de donde se formó *ob-scaevare*, cuyo adjetivo es *ob-scevinus*, del cual salió *ob-scaenus*, origen de nuestra voz *ob-sceno*, *obsceno*. El *scaevus* latino significaba *zurdo*, de mal agüero, y participaba del sentido religioso que los antiguos atribuían á las cosas *siniestras*. Tomada la voz que nos ocupa en su significación primitiva puede decirse que era una palabra de los ritos. Después se aplicó á calificar las acciones humanas, y al adquirir el sentido moral parece que mudó de etimología, ó al menos el uso lo consideró así. Lo cierto es que en lugar de expresar la idea de mal agüero, significó la idea de disolución, de impudicia. En este sentido puede asegurarse que no viene del primitivo *scaevus*, zurdo, sino de *coenum*, cieno, inmundicia, suciedad, como voz derivada de *cunire*, que era hacer sus necesidades en la cama, de donde viene nuestro vocablo *cuna*, que es la cama en que el niño va de cuerpo. Realmente, el hombre *obsceno* de nuestros días es el que vive encenagado, el hombre que vive en la suciedad ó en el *cieno* de los vicios: *obscoenum*, no *obscaevus*. Por esto sucede que algunos etimologistas derivan la palabra en cuestión de *scaevus*, siniestro, mientras que otros la sacan de *coenum*, cieno ó lodo. ¿Qué ha sucedido? Lo que ha sucedido es que *obsceno* viene de *ob-scaevus*, palabra religiosa, y que al adquirir el sentido moral tomó la significación que hoy tiene por mera extensión de su sentido primitivo, sin dejar por completo la significación religiosa que al principio tuvo. La persona que vive *obscenamente*, no sólo peca contra la moral, sino que peca contra la religión. Semejante conducta es siniestra, de mal agüero, contraria á la voluntad de los dioses.

Obsceno tiene algo de impío, de profano, lo cual bastaría para distinguir esta voz de las que se reputan equivalentes.

Lo *inmundo* es sucio, desaseado.

Lo *obsceno* es inmoral, ilícito.

Lo *inmundo* repugna: da asco.

Lo *obsceno* escandaliza: da lástima.
Lo *inmundo* debe purificarse.
Lo *obsceno* debe corregirse.

Obstáculo, embarazo.

Obstáculo es todo lo que *obsta*, todo lo que se opone, todo lo que sirve de objeción ó de óbice á nuestros fines. Una piedra, una sima, un arroyo que nos impide salir adelante, son *obstáculos*. *Obstáculo* es suceso que obstruye nuestras vías.

Embarazo viene de *varar* ó encallar. El *embarazo* es un escollo. El hombre *embarazado* en sus acciones, en sus empresas ó en sus proyectos, es como el buque que ha *varado* sobre un banco de arena: no puede moverse. De la mujer encinta decimos que está *embarazada*, para dar idea de que no se puede valer, como el buque que se ha encallado.

El *obstáculo* es estorbo.
El *embarazo* es detención.
El *obstáculo* impide.
El *embarazo* paraliza.

Obviar, facilitar.

Obviar se compone de *ob*, que significa obstáculo, y de *vía*, camino. Es quitar *obstáculos* de la *vía*.

Facilitar es un derivado de *facio*, hacer, como *fácil*. Significa literalmente: hacer las cosas *fáciles*.

Se *facilita* dinero prestado.

Nada más fuera de propósito que decir: se *obvia* dinero prestado, puesto que el dinero no es un *óbice*.

Se *obvia* un impedimento, un inconveniente.

Nada más fuera de propósito también que decir: se *facilita* un inconveniente, un impedimento, porque esto sería dar á entender que el impedimento se hacía *fácil*.

Facilitar es un favor.

Obviar es una ayuda.

Si las cosas no se *facilitaran*, serían difíciles.

Si no se *obviaran*, serían embarazosas, presentarían *obstáculos*.

Decir *fácil* es como decir hacedero.
Decir *obvio* es como decir llano.
Aquél trabaja poco.
Este camina sin tropiezo.

Ocasión, motivo.

Ocasión viene de *cadere*, caer.
Motivo, de *mōtus*, movimiento.

La *ocasión* es un incidente imprevisto, un suceso que viene sin preparación, una cosa que *cae* como de las nubes, por lo cual nos dice el refrán que á la *ocasión* la pintan *calva*. ¡Cosa admirable verdaderamente! *Calva* tiene la misma etimología que *ocasión*, pues ambas voces se originan del verbo *caer*. La *calva* no es más que la mollera después que el pelo se ha *caído*. De *caer* salen *calvo* y *ocasión*, como caso, acaso, casualidad, calavera, cadáver y otras muchas palabras de nuestro idioma.

El *motivo* entra en las leyes generales de la experiencia y de la vida, viniendo á ser el *móvil* de nuestras acciones.

Yo pienso ir á Sevilla; pero no he fijado plazo para la realización de aquel viaje. En esto sucede que un hermano mío va empleado á dicha ciudad, y me suplica que le acompañe; he aquí una *ocasión*, un incidente que *cae* al paso. Ahora podré decir: con *ocasión* de ir mi hermano empleado á Sevilla, he resuelto verificar el viaje que tenía proyectado.

Voy á Sevilla, vuelvo, y al cabo de un mes recibo un parte en que me anuncian que mi hermano está enfermo de gravedad, y me pongo en marcha para aquel punto; he aquí un *motivo*, una razón que me sirve de *móvil*, que me *mueve* á emprender un viaje que no había proyectado ni previsto. Ahora puedo decir: con *motivo* de la enfermedad de mi hermano, tuve que partir inmediatamente para Sevilla.

El que mi hermano vaya empleado á un punto que yo pensaba visitar, es una circunstancia que no se puede prever, porque no entra en la experiencia general de la vida; esta es la *ocasión*.

El que mi hermano enferme es una ocurrencia muy natural, porque es muy conforme á las leyes de nuestro sér; he aquí el *motivo*.

La *ocasión* brinda.
El *motivo* impulsa.
Más claro, la *ocasión* es *acaso*.
El *motivo* es *móvil*.

Ocioso, holgazán.

El hombre *ocioso* no hace nada.

El hombre *holgazán* no quiere hacer.

En poesía se dice: las *ociosas* plumas del lecho. Nada más absurdo que decir: las *holgazanas* plumas del lecho.

En estilo llano suele decirse: las horas *ociosas* del día. Nada más absurdo tampoco que decir: las horas *holgazanas* del día. ¿Por qué? Porque ni las plumas del lecho ni las horas del día tienen voluntad.

Un hombre *ocioso* desea ocuparse; no es *holgazán*, á pesar de que huelga.

Un hombre está ocupado, pero trabaja á despecho suyo, desea holgar por oficio; es *holgazán*, sin embargo de que no está holgando.

El *ocio* es un hecho, una desgracia.

La *holgazanería* es un vicio, una intención.

Al *ocioso* debe procurársele hacienda.

Al *holgazán* se le debe llevar á un hospicio para que no infeste á los hombres con su criminal y abyecta dejadez.

Oculto, escondido.

Oculto es lo que no se ve.

Escondido, lo que no quiere ser visto.

La naturaleza tiene muchas cosas *ocultas*.

El mundo tiene muchas cosas *escondidas*.

Dios *oculta* en la esencia de las cosas la ley fundamental del universo.

El avaro *esconde* sus tesoros.

Así Jovellanos, con gran juicio y sana crítica, dice en su descripción del Paular:

> .....¡Ay del triste
> En cuyo oído suena con espanto,
> —Por esta *oculta* soledad rompiendo—
> De su señor el imperioso grito!
> Busco en estas moradas silenciosas
> El reposo y la paz que aquí se *esconden*, etc.

Noten los lectores con qué discreción tan feliz están aquí usadas las dos voces, y qué bien se refleja en ellas el espíritu que cada una tiene en nuestro idioma.

Habla de la soledad y la llama *oculta*. ¿Por qué? Porque la circunstancia de estar *oculta* es naturaleza en la soledad, si así puede decirse, puesto que si estuviera en poblado, á la vista de todos, no estaría *sola*, y no estando *sola* no podría ser *soledad*. La *soledad* ha de estar *oculta*, como el silencio no ha de hacer ruido, como el taciturno no ha de hablar. Una soledad manifiesta, una soledad que hiciera alarde de ser vista, sería una cosa tan extraña como un silencio muy ruidoso.

Habla del reposo y dice que se *esconde*. ¿Por qué se *esconde*? Se *esconde* porque huye, porque teme que la seducción de la corte lo haga cautivo; se *esconde* en el convento del Paular, como se *esconde* el justo para que el malvado no le pervierta, como se *esconde* una virgen casta para no oir al disoluto. El reposo pide allí un asilo contra el mundo, y se *esconde* en aquella *oculta* soledad.

Lo que se *oculta* no es hallado.

El mundo robaría lo que está *escondido*.

Ocupaciones, atenciones.

Las *ocupaciones* suponen trabajo y acción.

Las *atenciones*, cuidado, vigilancia, responsabilidad.

Todo el que vive de su trabajo tiene más ó menos *ocupaciones*.

Sólo el que está encargado de cierto orden de intereses tiene *atenciones*.

La *ocupación* es de estado llano.

La *atención* es jerárquica.

Un agente de negocios dice: mis *ocupaciones* no me permitirán ver á usted mañana.

Un ministro dice: las *atenciones* que sobre mí pesan no me dejan tiempo de respirar.

Hagamos que el ministro hable de *ocupaciones*, y de *atenciones* el agente de negocios, y falsearemos el sentido propio de aquellas palabras.

La razón de este uso consiste en que *ocupación* no supone más que movimiento, materia organizada, mientras que la *atención* es imposible sin conciencia y sin pensamiento.

Puede *ocuparse* un caballo, un orangután.

Ni el orangután ni el caballo pueden *atender*, porque para *atender* se necesita tener espíritu, y el orangután y el caballo no lo tienen.

Ocupación es una función casi animal.

La *atención* es una verdadera aptitud humana.

Oficio, industria.

Oficio viene del verbo *facio*, que significa hacer.

Industria viene de otro verbo latino, *struere*, que quiere decir edificar, como queda dicho. De modo que la palabra *industria* quiere decir literalmente: *acto de edificar dentro ó por dentro* (*intus struere*).

El uso ha complicado tanto la significación de estas palabras, que son unas de las más difíciles de deslindar que tiene el castellano, y cuidado que el castellano es una de las lenguas que tiene palabras más difíciles.

A *oficio* é *industria* corresponde un sentido concreto, en cuanto significan trabajo ó profesión. Así la una como la otra palabra significa quehaceres mecánicos. *Oficio* de sastre, de albañil, de platero; *industria* agrícola, *industria* marítima, *industria* manufacturera.

La diferencia en este sentido consiste en que *industria* expresa el modo de vivir, el recurso de que nos valemos para no perecer, mientras que *oficio* no se refiere al modo, sino al mismo trabajo.

Industria es la profesión como idea.

Oficio es la profesión como hecho.

El *industrial* tiene una manera de buscarse la vida, trabaje ó no trabaje, huelgue ó no huelgue. Si hubiese una persona que pagara á otra el no hacer nada, si se diera un salario al ocio, si con el ocio pudiéramos pasar, el ocio sería nuestra *industria*.

El *oficial*, por el contrario, tiene que trabajar, tiene que hacer, porque *oficio* comprende todo lo que se *hace*, y sin hacer algo no hay *oficio*. Inventar el *oficio del ocio* sería tan anómalo y tan extravagante como inventar el sér de la nada ó la nada del sér.

El uso aclarará estas definiciones.

Decimos *industria* marítima, agrícola, fabril; mas juntemos después á los *industriales* fabriles, agrícolas y marítimos, preguntémosles por sus profesiones, y no les diremos: ¿cuál es vuestra *industria?*, sino ¿cuál es vuestro *oficio?*

De modo que les preguntamos por su *oficio*, sin embargo de que son agentes de la *industria*. ¿En qué se funda esta práctica de la lengua? Se funda en la razón que hemos expuesto antes. La *industria* no supone otra idea que la de *modo de vivir*, no la de trabajo; y al preguntar por las profesiones, no queremos saber cómo viven, de qué *industria* se valen, sino en qué trabajan, en qué son útiles al mundo, cómo y de qué manera realizan el modo de vivir que todos tienen.

¿Cuál es tu *industria?* quiere decir: ¿de qué vives?

¿Cuál es tu *oficio?* significa: ¿qué haces?

Por esta razón la sociedad no pregunta á nadie por su *industria*, porque la *industria*, el modo de vivir de cada uno, es un secreto de la familia; en muchas personas es un secreto de conciencia, acaso un secreto muy grave, quizá un crimen; pregunta cuál es el *oficio*, la tarea, el trabajo, el hecho público y notorio, que no es un secreto de nadie, sino el jornal de todo el que trabaja, de todo el que *hace*.

El sentido que tuvieron primitivamente las dos voces que nos ocupan nos lleva como por la mano al sentido que tuvieron después.

En la idea de *oficio* entra todo lo que tiene realidad en la vida, y como que una de las mayores realidades, la anterior y la posterior á todas las demás, es *hacer* aquello á que en conciencia estamos obligados, resulta que en la palabra *oficio* entra capitalmente la idea de la obligación. Y así diremos con suma propiedad, que el cumplimiento del *deber* es el primer *oficio* de todo hombre. Digamos que el cumplir con nuestra obligación es la primera *industria* de todo hombre, y habremos dicho un gran disparate.

Todo lo que se hace, todo lo que se debe hacer en todos los círculos de la vida, en todas las esferas imaginables, desde la idea de Dios hasta la idea de un grano de arena del desierto entra en *oficio*.

Velar por la Grecia, ese era el *oficio* de Leonidas.

Morir por la patria, por la fe, por la honra, ese es el *oficio* de las almas grandes.

Y acudiendo á una autoridad inapelable, á un libro casi fabuloso, un libro escrito en unos tiempos en que se encargaba á los reyes que aprendieran á leer y á escribir, y *de los demás saberes lo que podieren*, acudiendo al rey sabio (que bien pudo jurarse que lo era), hallamos la siguiente cláusula: «Porque el Papa é una persona sola, é non podría cumplir todo lo que le conviene *facer* por razón de su *oficio*.»

Pongamos por razón de su *industria*, y destrozaremos el idioma.

¿Pues qué significa *industria* en el otro sentido que se le ha dado? Significa maña, habilidad, ardid, treta, hasta fraude, hasta hurto, y así decimos *caballeros de industria* á los estafadores y rateros. Digamos caballeros de *oficio*, y valdrá tanto como decir: hombres que desempeñan el oficio de caballeros, á guisa de Don Quijote de la Mancha.

Pero hay más aún. La palabra *industria*, no sólo significa la idea de laboriosidad y de aptitud, como cuando decimos: hombre *industrioso*, sino que se aplica á las cosas hechas con buen ó mal arte, que también podríamos decir con buena ó mala *industria*, según veremos por la siguiente décima:

> Maldiciendo mi destino
> hice boletas de balde,
> siendo yo escribano, alcalde,
> alojamiento y vecino.
> Para mi casa examino
> una como ratonera
> que tenía en la cimera
> —con *industrias* exquisitas—
> muchas cruces de cañitas
> por techo ó por cobertera.

Decir *industrias* exquisitas equivale á decir *labores* exquisitas. Pongamos *oficios* exquisitos en lugar de *industrias* exquisitas, y desatinaremos otra vez.

Resumiremos lo dicho.

Oficio significa trabajo y deber.

Industria significa diligencia y maña.

Ofrenda, oblación, holocausto.

El Evangelio ha espiritualizado estas voces haciéndolas cristianas.

Ofrenda significa hoy la limosna que da el devoto al sacerdote pobre para decir la primera misa.

Hostia oblata es la hostia puesta en la patena y vino en el cáliz, antes de la consagración.

Niño oblato es el ofrecido á la religión desde su nacimiento.

Oblata era el nombre con que los primitivos cristianos designaban el pan bendito.

Ofrecernos á Dios en *holocausto* significa hoy consagrarnos á su servicio en los altares.

La palabra *holocausto* quiere decir *todo quemado*, como originada de *urere*, cuyo supino es *ustum*, que significa quemar. Alude á la ceremonia de los judíos.

¡Oiga!, ¡calle!, ¡toma!

¡Oiga! expresa maravilla. ¡Oiga! ¿Conque esas tenemos con el rapaz?

¡Calle! indica sorpresa. ¡Calle! ¿Usted aquí? ¿Pues no estaba en Londres?

¡Toma! significa un convencimiento picante, agresivo, burlesco. ¡Toma! ¡Vaya una salida! ¡No se habrá usted quedado calvo!

Nuestra lengua es riquísima en esta clase de interjecciones. Por si algún curioso se quiere entretener, anotamos las que se nos ocurren en este momento: ¡Cáspita!, ¡canario!, ¡sopla!, ¡cáscaras!, ¡caracoles!, ¡diantre!, ¡demontre!, ¡diablo!, ¡demonio!, ¡anda!, ¡arre!, ¡aprieta!

El vulgo de algunas provincias suele decir: *¡Aceite! ¡Clavo!*

Olor, olfato.

El *olor* es la exhalación de las substancias, de las esencias, de los cuerpos; esa especie de aroma que parece ser un espíritu de la naturaleza; el *olfato* es ese mismo olor en contacto con nuestra sensibilidad, impresionando nuestros órganos.

El *olor* es el olfato elemental; el *olfato* es el olor real, presente, práctico.

El *olor* significa un principio, una ley, un fenómeno; el *olfato* expresa la idea de un sentido.

El *olor* es la química de la naturaleza; el *olfato* es la química que va con nosotros.

En una palabra, el Hacedor Supremo nos da el *olor;* nuestro organismo nos da el *olfato*.

Ondear, ondular.

Ondear viene de *onda*, que es lo que *abunda*, lo que anda por encima, lo que rebosa; es la substancia, el objeto.

Ondular viene de *ondulación*, que significa la acción de *ondear*.

Ondear es naturaleza.

Ondular es arte.

Ondea el río.

Ondula una bandera.

Lo que *ondea*, distrae y solaza.

Lo que *ondula*, incita y advierte.

Operación, maniobra.

Operación, según la palabra lo dice, viene del latín *opera*.

Maniobra es un derivado de mano.

Tratado de *operaciones:* la *operación* admite ciencia.

Maniobra de un buque: la *maniobra* es un mecanismo.

La *operación* es entendimiento.

La *maniobra* es mano.

Orlar, orillar.

Ambas voces vienen del latín *os, oris*, boca, salida, extremo.

Orlar es poner orlas.

Orillar es ceñir la orilla.

La *orla* es adorno.

La *orilla* es remate.

El poeta *orla* la frente de los justos con eterno laurel.

Nada más absurdo que decir que *orilla* con eterno laurel la frente de los justos, porque esto significaría que les había ribeteado la frente.

Osadía, audacia.

La *osadía* representa la forma supina de *audacia*, porque ya hemos visto que *osar* se ha formado de *ausum*, supino de *audēre*.

El *audaz* intenta; el *osado* invade.

La *audacia* se parece á la resolución; la *osadía* tiene algo de la desvergüenza y del atropello.

Hay ocasiones en que la virtud ó la verdad nos impone el deber de ser *audaces;* nunca hay razón para ser *osados*.

La fortuna ayuda la *audacia;* la ley corrige la *osadía*.

Óvulo, huevo.

El *óvulo* es el germen desarrollado dentro del *ovario;* el *huevo* es el *óvulo* fecundado dentro de la matriz.